

CRONICA DEL CLAUSTRO

LA PARTICIPACION DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA EN EL CONGRESO EUCHARISTICO

La prensa local se ha ocupado muy a menudo y en forma elogiosa de la conducta de catedráticos y alumnos en los grandes acontecimientos religiosos de Octubre. Una vez más han demostrado nuestros elementos su amor al trabajo y al apostolado social. En las semanas eucarísticas para hombres, en las procesiones preparatorias, en la "Oficina Jurídica" para facilitar matrimonios, en las charlas y conferencias a los centros obreros de la ciudad y a la peonada de las haciendas inmediatas, en la policía auxiliar, los muchachos de la U. C. P. fueron de los primeros y más entusiastas. Y si nos referimos a los actos públicos de la semana del Congreso, no constituye exageración afirmar que nuestra Universidad desempeñó lucidísimo papel y fué objeto de especiales comentarios en la grandiosa comunión de los hombres y en la procesión de clausura, a las cuales asistió en correcta formación tras de su estandarte. Todo hace esperar en que tan meritorio comportamiento en los inolvidables días de Octubre signifique el definitivo surgimiento de la nueva y más perfecta etapa de nuestra vida que anhelamos.

HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA A LOS SEÑORES OBISPOS DEL PERU

El lunes 18 de Noviembre se realizó la actuación en homenaje al Episcopado Nacional. Ante la nutridísima concurrencia que llenó completamente el salón de actos, a las seis de la tarde inició el homenaje el señor Rector dando lectura al siguiente discurso.

Excmo. señor Nuncio Apostólico, Excmo. señor Arzobispo de Lima, Excmos.

señores Obispos, señores Catedráticos y queridos alumnos, SS. y SS.:

En los días inolvidables del primer Congreso Eucarístico Nacional, la U. C. rindió su tributo de adoración al Sacramento del Altar. Pero tal manifestación de piedad y de fe hacia N. S. no habría quedado completa, si no se hubiese extendido a sus más altos representantes entre nosotros, a los Excmos. señores Obispos encargados por el Espíritu Santo de regir ésta su privilegiada grey peruana.

Por eso hoy día, la U. C., cumpliendo con tan grato deber, se complace en saludar a Vuestras Excelencias, y en ofrecerles el testimonio sincero de su amor filial y completa adhesión. Y fuera de este motivo que nos dicta la fe, dos razones más y muy poderosas nos obligan a ello. Y es la primera, una razón de alta disciplina. Porque siendo la U. C. una Institución de enseñanza, le es obligatorio ponerse bajo la dirección de los Pastores de la Iglesia, a fin de que no se aparte nunca de las enseñanzas de Cristo: y es la segunda, una razón de interés, pues siendo los Jefes de la Iglesia, sus Padres y Protectores natos, a ellos acude, con confianza filial en demanda de protección y de socorro, ahora más necesario y urgente que nunca.

En efecto, la U. C. que hace 18 años comenzó con una media docena de alumnos y con unas cuantas asignaturas de la Facultad de Letras, tiene hoy día un alumnado que pasa el número de mil doscientos y comprende las Facultades de Letras, Jurisprudencia, Ciencias Económicas, Ingeniería, Comercio, a las que acaba de agregarse la de Pedagogía.

Creemos que es de una importancia extrema para la religión, la existencia y el recto funcionamiento de una Institución como ésta que puede suministrar anualmente un número crecido de profesionales que estén preparados por mantener las ideas de orden y puedan ser los elementos directivos de la Acción Católica en el territorio nacional.

Creemos que la Religión está íntimamente interesada en el desarrollo y eficiencia de nuestra Escuela de Pedagogía recién abierta, la que dentro de pocos años, podrá ofrecer a la Nación y a los señores Obispos, maestros católicos que cooperen con ellos en la educación cristiana del pueblo, y sean los instrumentos de una unión cada vez más estrecha entre la Iglesia y las clases obreras, unión que constituirá la más eficaz defensa de la civilización cristiana y la base más firme de la paz interna del Estado.

Con el objeto pues, de que pueda cumplir debidamente con estos altos fines, la Universidad pide a VV. EE. el poderoso auxilio de sus oraciones y de sus luces para que nunca se desvíe del camino de la verdad; y para que también mediante vuestras paternales exhortaciones logre el apoyo eficaz de todos los católicos de la República, ya que a todos ellos interesa vivamente el que se forme una juventud sana y cristiana, la que será la mejor garantía del orden y prosperidad nacional.

Excelentísimos señores Obispos: la U. C. al rendiros este tributo sincero aunque modesto, de su amor y adhesión filial, se compromete a trabajar incansablemente en secundar vuestros esfuerzos por el bien de la juventud y por la extensión del Reinado Social de Cristo.

El discurso de orden corrió a cargo del vice-rector D. Carlos Arenas Loayza, quien disertó sobre la función nacional de la Universidad Católica en los siguientes términos:

Discurso del doctor Carlos Arenas y Loayza, Vice-Rector de la Universidad Católica:

Excelencias:

Ilustrísimos Monseñores:

Señor Rector:

Señores:

No es la solemnidad, que nuevamente congrega alrededor de la Iglesia Peruana, a los maestros y a la juventud de estos claustros, y en que se condensan emociones y anhelos de la semana inolvidable, una de esas bellas, pero usuales ceremonias, que sólo significan reconocimiento de vuestra autoridad, de vuestras obras, y de vuestros méritos. Tiene, por la institución que la realiza, y la Asamblea episcopal que la motiva, más rico contenido espiritual, y por los deberes de la hora presente, alcanza extraordinaria trascendencia, para la Iglesia y para la República.

Los recientes y grandiosos espectáculos de la fe de nuestro pueblo, del pueblo, en el sentido cristianamente democrático de la palabra, que a todos junta y a nadie excluye, ha encendido fervoroso deseo de conservarla; en tanto, que la participación que tuvo en ellos, la convicción y el viril entusiasmo de la juventud católica, estremeciendo e iluminando el corazón de la Ciudad, ha inspirado el voto del Congreso Eucarístico Nacional, de robustecer y exaltar, a quien era madre y apoyo de esa juventud, a esta Universidad, cuyos adelantos, disciplina y servicios, públicos que honran sus pocos años de existencia, le dan derecho a reclamar libertad, recursos y alientos, para su completo desarrollo, gloria de los estudios y garantía para lo por venir, de la paz, el honor y la felicidad del Perú.

Celo apostólico, decisión intrépida, sabia y enérgica perseverancia, se reclamaba en otros tiempos, cuando eran pocos los que formaban la legión sagrada, nebuloso e incierto el espíritu público, débil la esperanza,

heroicamente amarga y ruda la empresa de restaurar la influencia soberana de la fe católica. No sé cómo podría encarecerse ahora, ante el maravilloso hallazgo de la fe popular, los altos designios y el santo celo que ha de conservarla, so pena de ser indignos del milagro, que hemos contemplado enternecidos y absortos, sorprendidos en nuestra inquietud, y confundidos en nuestra ignorancia, y que ha reproducido en nosotros y para nosotros, el luminoso día de Pentecostés.

Hermoso espectáculo, el de ese pueblo, y el de esa juventud, bizarra capitana de la más gloriosa jornada de la acción social. Confesemos, que si en el Perú, no ha sabido explotarse las riquezas materiales, tampoco se supo aprovechar para el Bien, el corazón de un pueblo que fácilmente se enamora de lo bueno, e inteligentemente lo sigue y lo secunda, cuando se le guía con amor y buena fe; y destruyamos, nosotros que hemos tratado a ese pueblo, la rancia murmuración, con que se le ha envenenado de pesimismo, zahiriéndole con la fama de ligero, cuando sabe dar ejemplos de reflexión; de indisciplinado, cuando ha dado pasmosos espectáculos de disciplina; de indiferente, cuando con una plenitud de luz interior, que irradiaba en los semblantes, desembocó en las calles, en torrentes de fuego, arrastrando a los atónitos espectadores, y convirtiendo a una gran ciudad en un gran holocausto.

Veamos ahora, dentro de las proyecciones de este gran movimiento espiritual, la parte que corresponde a la Universidad Católica, lo que es ella por su origen, por las graves necesidades que le dieron vida, y por la función que ha asumido en la conciencia nacional.

Las instituciones intelectuales son especialmente propias de la Iglesia, única sociedad universal edificada sobre el pensamiento divino, y por lo mismo, la Sociedad Intelectual, por excelencia.

Es también, la Iglesia, por su divina vocación, la primera y la única escuela universal. El Divino Maestro no encerró su enseñanza, como los antiguos filósofos, entre un grupo de escogidos discípulos, al mismo tiempo, envanecidos y aduladores; sino que levantó la primera cátedra popular, a la orilla de los lagos, o sobre la frágil barca, o sobre el duro peñón de la montaña, y habló para todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, con ternura de padre, porque la divina sabiduría, bajo las diversas edades, sexos y condiciones, que tanto diferencian a los humanos, ante la cortedad de nuestros ojos, ve al alma, sustancialmente igual en todos, en sus posibilidades de grandeza y de miseria, oscilando entre la verdad y el error, el bien y el mal.

A ese espíritu docente de la Iglesia, que sembró de misiones las tierras vírgenes de América, y civilizó en escuelas y colegios las nacientes poblaciones, se debe también la creación de las Universidades de la América Latina, de modo que para gloria de la Iglesia, y con raras excepciones, puede decirse, que son fundaciones eclesiásticas.

Con esta acción decisiva de la Iglesia en el magisterio, y su acción fervorosa en el templo, se crearon los valores morales, que al iniciar su

vida, el Perú independiente, constituían su más precioso patrimonio. Eran la unidad religiosa, como vínculo de la unidad nacional; el hoagr cristiano, como primera escuela del carácter y las virtudes privadas; la escuela, bajo la autoridad venerada, del maestro, como primera fuente de disciplina, y de virtudes cívicas; el sentimiento del honor, vivo hasta la susceptibilidad y el orgullo, como control de las relaciones sociales, e inspiración de la altivez y del decoro de la vida pública. A este caudal, agregó la naciente democracia, el patriotismo ardoroso y unánime.

Ligóse la idea de la Patria, al sentimiento religioso, bien por la afinidad, entre el concepto de la paternidad divina, y esta maternidad histórica, tan invisible como cierta: como por aquellos episodios, en que saltan al mundo, en fórmulas o en símbolos, los grandes pensamientos comunes. San Martín, hablaba de Dios, como defensor supremo de la independencia del Perú y Torre Tagle proclamaba a su Madre Santísima, Patrona del Ejército, personificador, maestro y custodio del sentimiento nacional.

Por muchos años, en nuestra agitada vida republicana, quedaron al abrigo de todo daño, estos valores morales. La lucha era principalmente política: sus consecuencias sacudían la estructura interna, sin llegar a quebrantarla; la sociedad civil, continuaba la misma, a despecho de las conmociones y ruinas de la estructura externa, de los cambios constitucionales, y las caídas de los gobiernos.

Cúlpese cuanto se quiera a los hombres de esos tiempos, pero, gallardamente, reconócese, que hubo en ellos, un instinto más fuerte de conservación nacional, y mayor escrúpulo, en la elección de banderas y medios para sus ambiciones.

Sin embargo, poco a poco, el liberalismo y la impiedad, con su engañoso aparato científico, iban destruyendo en la enseñanza universitaria, o sea en la trascendental formación de las clases dirigentes, la firmeza de la fe católica, y el respeto a la autoridad de la Iglesia: exaltando a la vez, las ideas políticas, y un desdén insensato y cruel a todo lo antiguo. Tales influencias, afectaron profundamente la vida de la República. Era necesario, volver a cimentar en la religión, las virtudes privadas y cívicas.

Y esta apremiante necesidad atrajo las miradas del Gobierno y de la Iglesia, hacia la reorganización del Convictorio de San Carlos.

En Enero de 1843, se iniciaba, bajo las luces y la influencia de un hombre extraordinario, la nueva vida del Convictorio Carolino. En la histórica ceremonia, y coincidiendo en los mismos conceptos, en la urgencia de dar base religiosa a la educación; en la necesidad de disciplinar el carácter; en la esperanza de ahorrar vergüenzas y lágrimas a la República, concordaba, en un impulso de buena fe, que le honra, el discurso del Ministro de Instrucción, el ilustre don Benito Lazo, el gran liberal, pero menos liberal que patriota, y don Bartolomé Herrera, el sabio sacerdote católico, que en plena juventud, aparecía como un astro en el horizonte nacional. Allí el insigne Herrera protesta de que los principios salvadores

de la sociedad, hubieran sido continuamente hollados: allí declara, prepararse a educar a las nuevas generaciones, sobre la base de la religión, a quien llama, garantía suprema de la probidad de los hombres; a formarlas en la veracidad y la subordinación; a difundir el saber, para que los brillantes talentos y las felices índoles que brotan en nuestro suelo, no sean perdidos; allí promete, que las generaciones que saldrán de San Carlos, cegarán; y repitamos respetuosamente sus palabras "la fuente de las lágrimas, que ha inundado con frecuencia la República."

El Convictorio de San Carlos dió sus frutos, en la generación más ilustre, más homogénea, más fraternal, y quizá la más modesta, patriota y honrada, que ha tenido la República; y el Convictorio Carolino, continuará en la historia, como el más digno monumento a don Bartolomé Herrera.

Quedaba así una tradición universitaria, de educación religiosa, de disciplina del carácter, de enseñanza coherente, sin la ofusadora anarquía de principios y orientaciones personales, de nacionalismo sólido, austero y ponderado. Esta orientación habría de seguirla con el tiempo y en análogas circunstancias, y sin perjuicio del respeto a las Universidades seculares, esta Universidad Católica, en que revive el Convictorio Carolino; en que reaparece el espíritu pedagógico y patriótico de Herrera; y que se funda también, por un sacerdote, virtuoso y sabio, que confía menos, en las resonantes polémicas, que en la labor prudente y silenciosa, que tiene en él, la humildad, la divina belleza, y el poder de la oración.

Veamos ahora, el proceso histórico de destrucción de esos valores morales, que debía el Perú independiente, no al régimen político del Virreinato, sino a la maternal y proficua influencia de la Iglesia.

Nuestras generaciones republicanas han estado imbuidas por el injusto menosprecio y el odio a lo antiguo. No hemos tenido el culto a la tradición, de los grandes pueblos, que sienten en ella, la raíz y el sostén de su vida; imaginativos y presuntuosos, embriagados por un delirio revolucionario, que cantaba glorias, en cada destrucción, hemos convertido por los errores legislativos, la historia de nuestra sociedad civil, en un proceso, hasta hace poco, de creciente, y amenazadora postración moral.

La mísera ambición del aplauso, que no ha podido sacar del polvo del olvido, los nombres de sus autores, prontamente extrañados de la memoria popular, ha destruido la unidad religiosa, la indisolubilidad del matrimonio, y la constitución regular de la familia, con la imposición del matrimonio civil, cuyas exigencias, gravámenes y estorbos, efectivos en casi la totalidad del Perú, va extendiendo con daño trascendental de las nuevas generaciones, la podredumbre del concubinato.

El odio a lo antiguo, y con él la campaña sectaria contra la Iglesia, explica también bajo otros aspectos, la ruina de nuestros valores morales.

El deber religioso, cubre con una aureola de santidad todos los deberes. Destruirlo es convertir a los demás deberes en obligaciones mera-

mente humanas; relativas y discutibles. Ya no queda nada firme, ni Patria, ni hogar, ni amistad; ya los padres en quienes opera la antigua educación, no reconocen en sus hijos la continuidad de su vida; los maestros no encuentran obediencia, gratitud y respecto; una ruda e hiriente incomprensión, separa las generaciones; el curso histórico se rompe; los que vienen se resisten a que les conduzcan los que les precedieron en edad y experiencia, y quebrada la jerarquía de la vida, queda el germen perenne que la romperá tantas veces, como nuevas generaciones sueñen con una superioridad congénita y deliren con la misión maravillosa de recibir un mundo, y formar otro.

A estos males, se han agregado las perniciosas influencias, que hoy conmueven al Universo.

El siglo diecinueve, que cantó las excelencias de la escuela y en frase popular y elocuente, anunciaba alborozado que al abrir cada escuela, se cerraba una cárcel, no había imaginado, que andando los años la misma escuela convertía al principio en arma de los partidos, que querían una sociedad sin Dios, se transformara, en el instrumento invisible y poderoso, de los que quieren destruir la sociedad.

Lejos también estaban, los fundadores eclesiásticos de las antiguas universidades de la Edad Media, que con razonable autonomía, organizaban sus estudios, dentro de las miras desinteresadas del pensamiento, en concebir la futura intromisión de la política en las universidades, y de las universidades en la política, que explicaría en casos lamentables, la paralización de los estudios y la dolorosa, pero necesaria clausura de las aulas.

Pero aún más, en recientes fundaciones o reorganizaciones de universidades del viejo continente, se presenta la universidad subordinada y absorbida por la política imperante en el Estado imprevista novedad, que han impuesto las angustiosas luchas sociales o el anhelo de perpetuidad de los sistemas políticos, o el inicuo plan de convertirlas, en centros doctrinarios de destrucción social y de agitación bolchevique. Así las universidades, dejan de ser majestuosos retiros de la meditación, sagrados asilos del pensamiento y del desinterés, campos serenos donde la verdad se comuniquen con los hombres, lejos de los intereses que perturban, de los odios que manchan, y de las circunstancias que imprimen su vulgar y cambiante carácter, a lo que debiera reflejar, únicamente, la libre, fecunda y augusta continuidad del pensamiento.

Una acerba preocupación se cierne hoy sobre los hombres de ciencia, como sobre los hombres de estado; así sobre los gobiernos que sienten la responsabilidad de la suerte de los pueblos, como la Iglesia que siente la responsabilidad de la suerte de las almas; como sobre los padres de familia angustiados por la suerte de sus hijos; y esta preocupación es la de salvar a escuelas, colegios y universidades, de la sistemática y artera propaganda de las teorías disolventes.

No se olvide, que el divorcio entre la docencia pública y el hogar cris-

tiano es la más honda, la más cruel y la más hipócrita de las revoluciones. La Universidad Católica recogiendo la gloriosa tradición del Convictorio de San Carlos, llegó a la vida nacional para defender nuestros valores morales; la unidad religiosa; y la santidad del matrimonio; la sagrada autoridad de los padres; la venerada autoridad del maestro; la potestad humana de la patria; la potestad divina de la Iglesia.

Hemos completado la estructura de la educación leal y francamente cristiana. Nuestra Universidad viene a ser el último esfuerzo del hogar y de la iglesia, por la juventud, y la última fuerte y cristiana preparación para la vida.

Hemos venido al escenario nacional con respeto a nuestras instituciones seculares, con ese respeto que fácilmente nace en los espíritus habituados a distinguir la buena fe, de los posibles errores de los hombres; a discernir con justicia, el aplauso, al mérito donde se encuentre; a enseñar disciplina social, respetando a los hombres y las instituciones, y alabando el esfuerzo desinteresado, donde asome su mano limpia y vigorosa, y a la virtud, donde pase serena y embebida en los altos pensamientos.

Con este espíritu de cooperación fraternal, clausuradas las universidades oficiales acogimos cariñosamente a sus alumnos, que han llegado a querer a esta Universidad, severa y tierna, como la verdadera maternidad, y que permaneciendo en ella en abrumadora mayoría, son testimonios irrecusables de que llenamos digna y proficuamente nuestras funciones públicas.

Entrevista la posibilidad de la reapertura de los antiguos claustros universitarios, nos adherimos fraternalmente a este propósito; ya con la palabra de nuestros catedráticos, en solemne ceremonias de nuestra universidad ya con la notoria y constante cooperación de quien ayer como ministro, declaraba a los órganos de la prensa, que la reapertura de las antiguas universidades, era asunto de cultura y de dignidad nacional y hoy como Vicerector de esta Universidad, puede recordar satisfecho, de este espíritu de la Universidad Católica del Perú.

Las universidades cuyo nombre, significa la unidad del saber, que en el mundo intelectual, puede lograrse entre variadas disciplinas científicas, y a pesar de los diferentes y opuestos sistemas, son escuelas, que también sugieren y enseñan esa otra unidad de que necesita la vida social, en medio de su variedad de pensamientos, tendencias e intereses, y que requiere como la unidad intelectual, un conjunto de principios que todos respeten, un haz de ideales que todos sigan, un lugar sagrado que quede indemne en todas las luchas, que respeten todos los bandos, y donde los pueblos en sus grandes crisis, vayan en peregrinación, a oír los oráculos de la concordia, de la justicia, de la abnegación cívica y del heroísmo militar.

No bastaría tener el concepto de esa unidad sin tener el impulso sentimental, y escuchar en la soledad del camino, o en el fragor de la lucha, la voz del deber religioso, voz de Dios, que manda continuar la jornada sobre los abrojos de la inconcomprensión y de la ingratitud, y luchar, sin

sin otra esperanza, que la del poder del ejemplo, que de ordinario, sólo florece tardíamente sobre las lozas del sepulcro.

Sus ideales científicos, sus ideales religiosos, el amor al estudio, señalan como función suprema de esta Universidad Católica, restaurar sobre el granito de la fe cristiana y del sentimiento nacional, la perdida unidad espiritual del Perú.

En representación de los alumnos habló Ernesto Alayza Grundy, cuyo discurso, a continuación insertamos:

Excmos. señores Obispos y Vicarios Apostólicos de la República:

Cuando una autoridad de la Universidad Católica, pronuncia la palabra oficial, en nombre de los Catedráticos y estudiantes que integramos esta institución, nosotros los alumnos no tenemos necesidad de intervenir.

Pero hemos preferido hacerlo porque de manera clara y pública queremos rendir, a los dignísimos Prelados de nuestra Patria, el homenaje que les debemos como hijos y como subordinados.

No son dichas estas palabras por las circunstancias del momento; ellas constituyen la expresión de una verdad.

En el alumnado de esta Universidad se encuentra la dificultad de temperamentos y de inclinaciones, de cualidades intelectuales y sensibles, que requieren las diversas ramas del saber y del actuar que en ella se enseñan.

En etapa de formación y de aprendizaje se puede ver la lógica rigurosa del matemático y del jurista, la mirada certera del observador del problema físico o del problema social, la imaginación y la capacidad creadora del filósofo y del literato, la tenacidad del investigador y del militante de la Acción Social. Pero en él se encuentra también un impulso, que es general a todas estas variedades y que conviene con todos estos matices, constituyendo un denominador que le es común y que unificando lo diverso, crea la homogeneidad y hace posible la cooperación: su juventud cristiana.

No se debe separar en este caso los términos de juventud y cristianismo, porque si bien el segundo exige por sí mismo una juventud permanente ya que es un continuo renacer interior y una constante superación, no es menos cierto que la fuerza renovadora de esa idea cristiana, contra la que tan diversos factores conspiran, en la vida real, en ocasiones, es anulada o reducida a actuar sólo en determinados sectores privados de esa misma vida.

Pero no se debe considerar tampoco el hecho de la juventud como la característica esencial, pues el extremismo y la versatilidad que se derivan de la inexperiencia y del entusiasmo, se ven templados por una cordura que brotada de la entraña cristiana tradicional, es hecha consciente y fuerte por la doctrina que profesa la Universidad.

La juventud encuentra así en el cristianismo un acicate permanente

de trabajo y de esfuerzo, un cauce preciso y amplio para sus entusiasmos, una orientación clara para sus actividades y un ideal definido para sus aspiraciones.

Sólidamente apoyada en el Espíritu que es la palabra y la gracia de Cristo y encontrando además un complemento valioso en su vida joven que le proporciona entusiasmo y posibilidades imprevisibles, esta juventud Universitaria se prepara, y lucha ya, las jornadas del Bien Supremo en la eternidad y del Bien Social en el tiempo.

Le ha sido enseñado, y ella lo sabe, que los problemas de la cultura no pueden plantearse y resolverse volviendo las espaldas a los valores eternos que ansia la persona humana; sabe también, que los problemas de la organización y de la convivencia sociales interesan directamente a esa misma persona, cuya responsabilidad y misión trascendentes no pueden tampoco olvidarse; sabe, finalmente, que disociar los deberes individuales de los deberes sociales, particularmente cuando se pertenece a los sectores capacitados de la nación, es ser también causa de las funestas consecuencias palpables en rededor nuestro y es valorizar errónea y mezquinamente nuestras obligaciones de cristianos y de ciudadanos.

En síntesis, sabe la juventud de esta Universidad que la vida es una y que, en consecuencia, todas las cuestiones y problemas que ella plantea deben ser resueltos en función de tal unidad, la cual, en última instancia, no es otra que el común origen y común destino del hombre: Dios

Y como vosotros, Excelentísimos señores, sois los pastores que debéis solícitamente cuidar y conducir las ovejas y corderos del Señor hasta que El los llame a Sí, nosotros hemos querido reconocerlos solemnemente por tales. Ciertamente es que como miembros de la Iglesia ya os estábamos sujetos y confiados, pero en la ocasión presente invocamos no solamente ese título, sino y muy particularmente, el de estudiantes de esta Universidad Católica, para, en tal carácter, reconocerlos como pastores nuestros.

Y perdonad la audacia, pero no quisiéramos que esta ceremonia, pasajera al fin y al cabo, fuera la única manifestación del lazo que a Vosotros nos une.

Os suplicamos que contempléis esta casa nuestra no como una institución que vive y florece en la Capital de la República, ni como un centro de estudios que se conforma a la ortodoxia que enseñáis. Vedle como principal semillero de las mentes cristianas del país, como hogar donde se forman voluntades de servir al Señor en los campos de las profesiones y en los amplísimos de la Acción Católica y de la Acción Social, como lugar donde se capacita y se vincula todo un sector de la juventud peruana.

Apreciad en su verdadero valor esta obra de cristianización profunda y renovadora en muchos casos, de preservación y de aliento en otros, de unión de las personas, de difusión de la Doctrina Cristiana en sus múltiples aspectos, tan crasamente desconocida en nuestro medio. Considerad nuestra Universidad como eje esencial en la obra de restaurar en Cristo todos los valores y todas las instituciones. Ella trabaja a vuestro lado, em-

peñada en la misma causa, afanosa de la misma meta. ¡Alentadla ¡Protegedla!

Excelentísimos señores:

A vosotros, infatigables Pastores de una grey dispersa en inmenso territorio, tenaces y fervorosos luchadores en un pueblo semiculto y desprecupado, sólidos puntales de la Iglesia a pesar del aislamiento y de la escasez de cooperadores, nobles seguidores de la palabra de Cristo, nosotros, alumnos de esta Universidad Católica, como cristianos y como estudiantes os tributamos homenaje de adhesión y de filial respeto. Al hacerlo pedimos al Señor que permanezca siempre a vuestro lado, asistiéndoos en la misma forma clara y evidente con que lo hiciera durante la preparación y realización del Congreso Eucarístico Nacional, para que sean sus palabras las que vuestras bocas pronuncien y cuyas las acciones que vuestras mentes realicen, "porque de su voluntad dependen todas las cosas y no hay quien pueda resistirla".

Todos estos discursos merecieron el entusiasta aplauso de los concurrentes, lo mismo que los bellísimos versos "Eucaristía" del alumno Marcial de la Puente, declamados con elegancia y sentimiento por el mismo autor.

LA APOTEOSIS DE LA EUCARISTIA

I

Una ciudad, había rumorosa y ligera
y alegre como el vuelo de una ave en primavera.

Tiempo ha que florecían sus primorosas galas
en una enredadera de músicas y de alas.

Y era una cruz abierta bajo el cielo infinito
y era una plaza, en torno, redonda como un grito.

II

Bajo el abrigo tibio de las calles brumosas
con sus castos ensueños y sus manos piadosas,

van los niños contritos a la dulce promesa
que ha de besar la risa de sus labios de fresa.

Vibran las vocecitas claro acorde de lira
que no sabe de quejas, de la llama que expira,

de las rojas perfidias y los ecos sombríos
del guijarro y la espina, de los gélidos fríos.

Porque rodó la frase del sublime Rabí:
Dejad que esos niños se acerquen a mí.

Una ciudad entera ofrendaba el tesoro
de las tiernas caricias con cánticos de oro.

Y se pobló el ambiente de tímidos jazmines
y aromaron sus voces en todos los confines...

Era una cruz abierta bajo el cielo infinito
y era una plaza, en torno, redonda como un grito.

III

Las mujeres inquietas tienen almas de espejos
y oscilan en la plaza con vívidos reflejos.

Se arrodilla en los labios la palabra piadosa
que es suave como el ala de alguna mariposa.

Esta es hogar que espera, ésa, amor que cobija.
Están todas! La esposa y la hermana y la hija.

Reza la virgen pura que es un grano de espiga,
renga la madre buena que es una sombra amiga,

Llora la Magdalena, que aromó arrepentida
las sandalias divinas del "que es camino y vida".

Son el fuego votivo de lámparas ardientes
que no han de apagar nunca los vientos inclementes...

Una ciudad, había de vaporosas galas
como una enredadera de músicas y de alas.

IV

Ya los guerreros llegan con su ritmo sonoro,
el Sol brilla en las armas con flechazos de oro.

Esa espada! Es la gloria que eleva un brazo fuerte.
Aquel pecho! La Patria que se yergue a la muerte.

Mirad! Como sonríen las fieras arrogancias.
No saludan su paso las vandálicas ansias

de los pueblos que claman por la sangre y la guerra,
ellos son mensajeros de paz sobre la tierra.

Los aviones rugientes trazan ágiles vuelos
y una cruz en sus alas asciende hasta los cielos.

Una ciudad había, que era heroica y ligera
y alegre como el trino que vaga en primavera.

Oh Cristo Rey! Te aclama todo un pueblo que sabe,
que eres nube en el cielo, y eres canto en el ave,

impulsos en las olas del mar embravecido,
voz potente en el trueno, luz del rayo encendido;

alma triste en el árbol que medita y que espera,
agua y fuego que abraza y risa en la pradera...

Los hombres que declaman tanta filosofía,
los que siguen tus huellas por la noche y el día,

los de torvos pesares, los de afanes ceñudos,
los del oro y del yunque, los de amores desnudos:

Todos te aman y ruegan para sus amarguras
Que haya paz en la tierra y gloria en las alturas...

Era una cruz abierta bajo el cielo infinito
y era una plaza, en torno, redonda como un grito.

La actuación terminó brillantemente con las palabras del señor Arzobispo y el canto del Himno Eucarístico, entonado por todos los asistentes a pedido de nuestro celosísimo Prelado.